

Rosa Sala Rose
y Plàcid Garcia-Planas

El marqués y la esvástica

César González-Ruano y los judíos en el París ocupado



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: © Quim Roser

Primera edición: marzo 2014

© Rosa Sala Rose y Plàcid Garcia-Planas, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2602-9
Depósito Legal: B. 2090-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Karol Radewicz, que nos señaló el camino

A César le hubiera entusiasmado este libro.

Declaración de un íntimo de César
González-Ruano a los autores

–¿Puede el escritor ayudar al hombre? ¿Cómo?

–Con su sinceridad. Sirviendo de ejemplo bueno o malo, pero de ejemplo, de punto de comparación y de comprobación.

Entrevista a César González-Ruano,
ABC, 14 de octubre de 1965

1. LAS INTENSIDADES DEL MAL

Está puesto en el menú con el precio de chipirones y calamares: *first chiringuito in Spain*.

Quién lo diría. Este chiringuito, con valquirias sacando pecho y gays marcando paquete, es un espacio literario: César González-Ruano escribió aquí y desde aquí extendió la palabra *chiringuito* por todas las playas de España.

Es la distancia entre la tortura y la sensualidad, entre el Tercer Reich y el primer chiringuito: en octubre de 1943, con Europa carbonizándose, Ruano se escondía en esta playa, aunque la tortura de la que escapaba era sólo suya, estética y suya, y del alcohol en el que se sumergía.

Es, también, la distancia entre París y Sitges: una huida sin interrupciones. Porque Sitges, escribió Ruano, «limita al Este con las Indias de los virreyes, al Oeste con las costas romanas y las islas griegas, al Sur con Andalucía y Marruecos, al Norte con la Mairie de Montmartre». Y porque París, el París ocupado por la Gestapo, y ocupado por él, también tenía arena: en el estudio del escultor catalán Apel·les Fenosa, en la rue de Saint-Jacques, Ruano tomaba con frecuencia «baños de sol, con un traje como si estuviéramos en la playa».

Un currante está repintando hoy la estructura de madera del Chiringuito con una nueva capa –una más– de pintura

blanca con líneas azules. Han descolgado todas las fotografías y las han colocado en la mesa, una sobre otra. La de Ruano está encima de todas, junto a un ejemplar de la revista *Semana*, y el halo de ultratumba que desprende su retrato –descolorido hasta la angustia– contrasta con la crema Hydra Floral que se anuncia en la contraportada de la revista: «Cuando me preguntan por el secreto de mi piel, lo tengo claro.»

¿Qué inconfesable secreto escondía Ruano?

César González de Agüero Ruano Garrastazu de la Sota, aspirante a marqués de Cagigal, nació el 22 de febrero de 1903 en el barrio de Chueca de Madrid, ciudad donde moriría el 15 de diciembre de 1965. Se formó entre Alfonso XIII y la Segunda República. Empezó como poeta del ultraísmo, la vanguardia más castiza de Europa, pero no le hicieron mucho caso y decidió entrar en la literatura española dando el campanazo. Lo dio en febrero de 1922, en el Ateneo de Madrid, el *cerebro de España*. En calidad de «joven poeta desconocido», Ruano logró que le ofrecieran el salón de actos para recitar poesías de su libro *Alma*. Apareció con un chaleco amarillo, una melena teñida con agua oxigenada, poca *alma* y mucha desfachatez. Según el *Heraldo de Madrid*, gesticuló como un payaso y confundió el *cerebro de España* con una pista de circo. Empezó elogiando su frente magnífica y buen tipo, osadía que el público recibió entre risas. «Se llamó guapo y eso no es cierto, pues tiene cara de pipa», sentenció el *Heraldo*. Pero el auténtico atrevimiento vino después: calificó de «pesado» y «cejijunto» al venerado Ortega y Gasset y habló de «un tal Cervantes, del siglo XV o por ahí, del que me han dicho que era manco y debe ser verdad, porque escribía con los pies». Aquello era demasiado. El público ya no quiso escuchar las poesías del joven melenuado, que él mismo anunció como «maravillosas, magníficas y admirables».

—¡Que se vaya! —gritaron todos.

—¡No me voy! —gritó a su vez Ruano—. ¡Tengo derecho a decir lo que quiera!

El secretario del Ateneo subió al estrado para acallarlo, pero Ruano se resistió. Empezó una violenta discusión y los ujieres evacuaron el salón. En los días posteriores, no Ruano sino «el señor González» fue duramente criticado en los grandes rotativos madrileños. Objetivo cumplido... a medias. A partir de entonces Ruano siempre tendió a prescindir del primero de sus apellidos.

Aquella salida de tono lo dio a conocer, y para que no olvidaran su nombre se dedicó a llamar por teléfono a los cafés literarios preguntando por sí mismo. Tenía ángel, un ángel muy suyo, y la prensa le fue abriendo las puertas: *La Época*, *El Imparcial*, *La Libertad*, *Estampa*, *Heraldo de Madrid*, *Informaciones*, *ABC*... Ruano se convertía en un periodista ubicuo, admirado, odiado y peculiar, muy peculiar. Se decía que algunas muchachas madrileñas, y quizá algún hombre, guardaban retratos de él en cajitas ocultas en el fondo de sus armarios.

Ramón María del Valle-Inclán lo recibía fumando puros turcos en la cama. Tomaba café con Antonio Machado, «gran señor de sus melancolías», en el Español, «un café muy bonito y muy triste donde tocaba el piano un ciego gordo llamado Zacarías». Se cruzaba por la calle de Alcalá con un jovencísimo Salvador Dalí, que «tenía cierta cara de loco y obedecía bastante a mi propio físico». Y enviaba a la mierda a Federico García Lorca, que «vestía cursivamente y presumía de ser gracioso, espiritual y mariquita del Sur».

Ruano era otra cosa. Mariquita del Norte, quizá, Garrastazu de la Sota por las dos venas, y cultivó hasta el final la imagen de dandy que había ensayado en el Ateneo, aunque ya sin chalecos estridentes ni el pelo teñido. Llevaba siempre un traje a medida, zapatos de cocodrilo, corbata de seda, chaleco inglés y un célebre bigote, minúsculo y costosísimo: ningún barbero estaba autorizado a tocarlo. Hizo suya una cita de Victor Hugo que repetía con frecuencia: «Vale uno más si sabe que lo miran.» Sus coetáneos, desde luego, lo miraron. Y mucho.

«César tenía manos de pecador o de vicioso», escribió el periodista Jaime Campmany, «y un bigotillo de *dandy* perverso y calavera, y unos ojos, no sé, no sé si penetrantes o perezosos, que los dejaba resbalar sobre las cosas, los muebles, los árboles, las porcelanas y los embajadores, con una humillante desgana.»

«Se hacía servir poca comida», recuerda Roser Ferrán Gayet, esposa de su amigo Julián Ruiz Aranda, «la desmigajaba, la miraba, la paseaba por toda la superficie del plato y acababa por engullir una mínima parte.»



Ruano con un canguro boxeador
en los años treinta

Julio Trenchas, crítico teatral, veía en Ruano la cabeza de «un vizconde francés escapado de la guillotina». Marino Gómez-Santos, también escritor y periodista, lo describió con «un cierto aire de hidalgo desheredado» y —ante la perplejidad del propio Ruano— como un «cisne negro».

A Ruano le encantaba aparecer fotografiado en sus crónicas y entrevistas, y exhibía todos los días por algún café de Madrid

ese perfil de vizconde casi guillotinado. La adicción a la caféina estaba disuelta en su leyenda. La paseó por una Europa que se cortaba las venas y la arrastró hasta las playas de Sitges. La escritora Ana María Matute recuerda que, al esconderse como un caracol herido en El Chiringuito, Ruano convirtió «aquella especie de luminosa pecera en una sucursal de café madrileño de los buenos tiempos».

Pero los tiempos ya no eran buenos. Había visto demasiado. En Roma. En Trípoli. En Berlín. En Viena. En alcohol. Escribía desde El Chiringuito sujetándose con la mano izquierda la muñeca derecha, que le temblaba, «en un estado de nervios próximo a la locura, con fallos del corazón y unos mareos que imitaban bastante bien los síntomas de la muerte». Y así «todas las mañanas» durante los cuatro años que vivió aquí: «Entonces me emborrachaba cada noche y me levantaba a escribir medio muerto.»

Acabó recordando esta playa como cuatro años «no vividos, sino bebidos», en fluidez y delirio mortuorio. Aquí conoció a José Cruset, un joven poeta catalán que, como él, fallecía cada amanecer, y gozaban arrojándose pétalos funerarios el uno al otro. «Nos unían nombres de específicos y mutuas descripciones de nuestros mareos y alucinaciones. Una vez, en el tren de Barcelona a Sitges, me explicó tan bien explicados sus mareos que por poco me caigo», escribió Ruano. «Lo que yo siento», respondería el poeta catalán veinte años después, ante el cadáver de Ruano, «es no encontrar las palabras que él supo decir a la muerte. Es imposible, como él sabía decirlo, es imposible.»

Ruano había visto demasiado. Se había visto demasiado. En Bratislava. En Praga. En París. «Me pican las manos furiosamente», apuntó en su diario íntimo. «De un modo grotesco, sólo he tomado el sol, sin darme cuenta, en las manos. Y en los ojos, pero mis ojos han visto tantas cosas que quemarían el sol.»

Le habría disgustado, pero íntimamente fascinado, descubrir hoy su retrato podrido en este «barco de cristales», en esta playa que –como en el pecado– le daba la sensación de no ha-

ber vivido nunca en ella. O de no haber salido nunca de ella. «Lo fundamental de Sitges», escribió en uno de sus retornos, «ahí está: sus casas modern style, su infinita tristeza, aunque venda o alquile alegría, su belleza patética por mucha música twist que pongan las horribles máquinas que hay en cada local.»



El chiringuito de Sitges en 1946

¿Cómo habría descrito a los tres gays franceses, locas y musculadas, que hoy saborean gambas donde él se sujetaba el pulso? ¿Como una «alegría alquilada»? ¿O como esa «belleza patética» que tanto le ponía?

Ruano se ofrecía a la mirada de los demás como un maniquí vivo de escaparate y hacía gala de otra de sus cualidades legendarias: la capacidad de trabajo. A lo largo de su vida llegó a escribir entre veinte mil y treinta mil artículos, entrevistas, reportajes y crónicas. Una cifra pavorosa. Y, en vez de ocultar esta premura como un defecto, alardeaba de ella: al final de su libro *El terror en América*, de doscientas cincuenta páginas, consignó con orgullo que lo había escrito en sólo diez días. «Nunca he sabido escribir despacio.»

Sentado con Rosa en El Chiringuito, mascarón de la «infinita tristeza», hemos pedido paella, y el camarero, para entretener la espera, nos sirve por su cuenta unos boquerones. Tal vez el ordenador y los papeles que extendemos sobre la mesita de aluminio le hayan hecho pensar que estamos aquí por algo diferente. Tan diferente como este escritor fugitivo también de la memoria: la cutrez marca la vitrina que, en un rincón del Chiringuito, acumula libros con su firma autógrafa y el *recado de escribir* que pedía junto al café con leche, cada mañana, con ansiedad, «como si fuera a suicidarse».

Ruano fue esculpiéndose, escribiéndose, con más tinta que verdad, como después harían Camilo José Cela y Francisco Umbral. Nos dejó «un aroma, una literatura inapresable», dice el poeta y periodista Antonio Lucas. «Él sabe que escribir bien es impregnar, dejar algo flotando, sin saber enteramente el qué». Sus entrevistas eran impertinentes, divinas, y llegó a ser para Umbral, y no sólo para él, «uno de los mayores prosistas en castellano del siglo XX». Consagrando en los diarios «un lirismo golfo e inimitable».

Llegó a desvelar su oficio a un amigo: consistía, esencialmente, en «tocarle los cojones a los ángeles».

Un día regresó a un viejo café madrileño llamado El Gato Negro y escribió: «Está renegrido, patético casi. Tiene esa simpatía entrañable, esa dignidad suave y a la vez áspera, de algunos cementerios.»

Sobre el caserón que se arreglaba en Cuenca, reflexionó: «No sé..., acaso hayamos puesto una cama y unos lavabos sobre enterramientos. Todo se hace sobre algo. Debajo de cualquier cosa que se ve, hay otra. Debajo de una actitud, otra actitud, parece inevitable.»

Otro día observó una tertulia de «viejas muy arregladas» en un café de San Sebastián. «Cutis muy blancos, como asalmona-

dos, joyas, y esa seguridad burguesa para decir tonterías en voz alta tan tranquilas. Naturalmente sus tres vueltas de perlas en los cuellos de gallina. Hablan de lo de siempre: “Mañana pasaremos a Francia...”, “Me han estropeado un vestido de seda natural...”»

Y la enfermiza obsesión, entre religiosa y sexual, que sentía por las joyas: «Me gustan como a un negro, pero, claro está, que no puedo llevarlas puestas.»

Afirma su antólogo, Miguel Pardeza, que partiendo de lo pequeño y cotidiano llegó a acariciar «el palpito de lo eterno». Dice el escritor Andrés Trapiello que los «hallazgos verbales» de Ruano «son tan prodigiosos como su sagacidad psicológica, y ambos, inversamente proporcionales a su patológica amoralidad». Inversamente proporcionales, también, a las piruetas de su alma. ¿O no es una prodigiosa pirueta pasar, en sólo dos años, de celebrar la quema del Sagrado Corazón de Jesús a celebrar la quema de novelas de Erich Maria Remarque?

En mayo de 1931 se saquearon conventos en Madrid. Como el de Maravillas, en la calle Bravo Murillo. Ruano, reportero del *Heraldo de Madrid*, corrió hacia el lugar y descubrió un escapulario en el suelo: *Detente, el Corazón de Jesús está conmigo*. «No estaba con ellos, no», escribió del Corazón de Jesús en su crónica. «Cada día ven y vemos los creyentes que si Jesús volviera no estaría con ellos, con quienes han hecho de la religión una simple fuerza política, una continua intriga.» Y, ante el convento en cenizas, terminó su reportaje con una bendición de sarcasmo: «Que la generosidad y la paz de la República esté con todos.»

Poco duró el cachondeo. En cosa de meses se apoderó de él «un asco por todo lo republicano». Se pasó al diario *Informaciones* como quien se baja de un tranvía en marcha para subirse al que cruza en la dirección contraria, y ganó el Premio Mariano de Cavia de Periodismo con un artículo breve y sentimental

(«Señora: ¿se le ha perdido a usted un niño?») inspirado en un terrible suceso ocurrido en Madrid. Ese reconocimiento le abrió las puertas de *ABC*, el diario más monárquico y prestigioso de la capital, que en 1933 lo envió seis meses como corresponsal a Berlín: los primeros seis meses de Adolf Hitler en el poder. Y Ruano pasó de cantar la quema izquierdista de conventos a cantar la quema nazi de libros.

Le seguiría, en 1936, la corresponsalía de *ABC* en Roma, que le ahorró –la contorsión fue descarada– las incomodidades de la guerra de España. En 1939 se fue por segunda vez de corresponsal a Berlín, la metrópoli que incendiaba Europa. Y de Berlín se largó a París sin ocupación conocida, si exceptuamos la alemana. Y allí, en la Francia de los alemanes, sin pegar sello, ya no ensayaría piruetas de izquierda a derecha sino en estricta vertical: triple salto mortal sobre la oscuridad. Hasta que, en octubre de 1943, escapó a Sitges. Al Chiringuito. Al mar.

¿De qué huía?

Sabemos que la Gestapo lo detuvo y lo encerró en la cárcel parisina de Cherche-Midi. «No fue por robar relojes, claro está», escribió en sus memorias, donde merodea como un zorro por la verdad sin hincarle nunca el diente. «La verdad, la verdad pura, apenas sirve para nada», anotaría en su diario íntimo.

¿De qué lo acusaron los nazis? ¿A qué se dedicó cuando lo soltaron? ¿Por qué nunca lo confesó? ¿Tal vez porque la verdad «apenas sirve para nada»?

Lo que sí le sirvió para algo –para mucho– fue exprimir la ambigüedad y licuar su vida, su personaje, su máscara. Licuarla en misterio, en esencia de yo. Filtrando la verdad. A su conveniencia. Tomando, si hacía falta, baños de sol en la *playa* de la rue de Saint-Jacques: «París en plena ocupación», recordaba, «era más divertido que dramático.»

¿Qué hizo Ruano en ese París tan «divertido»? ¿Qué cambiaría si lo supiéramos? ¿Leeríamos su obra de otra manera?

Desde la tumba, el propio escritor nos lo complica porque,

como dice Pardeza, en Ruano «no se puede separar vida y obra sin sacrificar verdades fundamentales».

¿Y qué «verdades fundamentales» quedarían sacrificadas si lo supiéramos?

Hubo quien acusó a Ruano de traficar con termómetros en la frontera pirenaica, ocultándolos en la silla de ruedas de un amigo paralítico. «César», recuerda el poeta Manuel Alcántara, «lo contaba como si fuese algo divertido. [...] No tenía conciencia de que estuviese mal.» Pero este delito es del todo ingenuo si lo comparamos con los rumores más extendidos: que en el París ocupado estafaba a los judíos que trataban de salvar su vida y la vida de sus esposas, hijos, padres, hermanos o amantes. Y tampoco, en ese caso, parecía Ruano tener conciencia de que «estuviese mal».

Son muchos los periodistas, poetas y editores españoles que han apuntado –sólo apuntado– en sus libros y memorias el lucro de Ruano sobre el drama judío. Se lo decían unos a otros entre las tazas del Café Gijón y lo escuchaban en el Teide, un café semihundido, con los tranvías amarillos de Madrid pasando sobre sus cabezas.

Sólo eran pinceladas de rumor. No había una sola prueba. Pero quedaba tan interesante, tan fin de mundo, tan literario comentarlo por los paseos de Recoletos y El Prado. Y él, con sus medios silencios, gozaba en secreto de una leyenda, la suya, que contiene la dosis precisa de dolor para seducir.

Éstos son, al inicio de nuestra investigación, los testimonios más relevantes:

Laurence Iché, esposa del pintor Manuel Viola, relató poco antes de morir: «Cuando él [Ruano] llegó a París ya se decía entre los españoles que había aprovechado su corresponsalía en Berlín para estafar a judíos alemanes en apuros. Ya sabe: qué alemán, siendo judío, no estaba en apuros en Berlín entonces.

Llegó cargado de joyas y comportándose como un marqués. Con maneras de aristócrata algo teatral, quiero decir. ¿De dónde habían salido esas joyas? Algunos pensábamos que se las guardaba a alguien. Otros no. Pero nadie preguntaba. El hecho de venir de Berlín ya era una cosa bastante sospechosa.»

El testimonio de Iché —el único de quienes convivieron con él en París— fue recogido por José Carlos Llop, el escritor que más vueltas ha dado a este enigma: vueltas hermosas, pero que no se alejan de las ambigüedades que Ruano dejó escritas.

El periodista y ensayista Eduardo Haro Tecglen, también fallecido, escribió lo que había escuchado de otras personas en Madrid: «Él [Ruano] había descubierto un gran negocio que consistía en facilitar unos pases a los judíos que salían de Francia huyendo de los alemanes para pasar a España. Él les daba unas tarjetas con unos signos misteriosos para que un supuesto individuo en un pueblo de la frontera los pasara. A cambio de ese pase, César se quedaba con todo lo que tuvieran los judíos. El único problema es que cuando los judíos llegaban a la frontera nadie los estaba esperando ni nadie entendía esa tarjeta, de modo que los apresaban y los mataban o los metían en los campos de concentración. Ese sistema de pasar la frontera era algo que sólo se había inventado César.»

Del poeta José Manuel Caballero Bonald son las sospechas más sentidas y bien escritas. Elegantes, incluso: «Manuel Viola me contó durante las erráticas confidencias de alguna noche culpable cosas terribles a propósito de las actividades de César González-Ruano en el París de la ocupación alemana. Algunas las he olvidado y de otras prefiero no acordarme. Nunca he podido aceptar la vileza en una persona a la que he conocido normalmente y cuyo trato me ha resultado agradable por algún motivo.»

Si alguien sabía, ése era Viola, el pintor aragonés que compartió con Ruano las noches de Montparnasse. ¿Qué cosas terribles le contó Viola?

Caballero Bonald nos responde por correo electrónico.

«La verdad es que poco más puedo decir», escribe. «Recuerdo vagamente esa conversación con Viola y algunas vagas murmuraciones que circulaban por Madrid a propósito de Ruano. Como se trataba de eso, de murmuraciones, yo no puedo establecer ningún juicio de valor al respecto. Lo siento. Tampoco sabría decirle a quién podrían acudir o qué pistas serían provechosas en este sentido.»

El poeta jerezano prefiere no recordar. Pero en su correo, al despedirse, califica nuestra búsqueda de «apasionante». Como deseando que alguien recuerde por él.

Hay, finalmente, un testimonio contra Ruano que se levanta por encima de todos. El más grave y detallado. El que impulsó este libro. Lo aportó el antiguo guerrillero anarquista Eduardo Pons Prades en 2002 y pasó casi inadvertido. En sus memorias, con nombres, fechas y direcciones, pero sin ninguna prueba más allá de sus palabras, vincula al periodista madrileño con matanzas de judíos que, huyendo del exterminio, intentaban entrar en España a través del Principado de Andorra.

En su relato, tan sorprendente que parece inventado, el viejo anarquista funde dos leyendas negras que acaban en una misma tristeza: el expolio y muerte de judíos desesperados. Dos leyendas rumiadas en silencio. En Madrid y en los Pirineos.

Si lo supiéramos, ¿perdería la escritura de Ruano ese «pálpito de lo eterno»?

¿Qué hizo exactamente en el París ocupado?

«Nunca se sabrá», dice Llop.